

## RUSIA HOY

Como lo venimos señalando hace varios años Rusia se considera destinada –en su carácter de “Tercera Roma”- a cumplir un papel “imperial” en la historia de la cultura euro-asiática y la caída –o más exactamente desintegración de la URSS– no le ha hecho olvidar este destino meta-histórico. Convencidos que la historia del siglo XXI está supeditada, en gran parte, al papel que asuma en el futuro, resulta interesante un panorama de las últimas publicaciones sobre el tema y las cuestiones afines.

FLORENCIO HUBEÑÁK

**Vladimir Putin, *Memorie d'oltre cortina*,  
Roma, Carocci, 2003, 216 págs.**

Si existe un hombre enigmático en el mundo político actual es indudablemente el presidente de Rusia y aunque en idioma castellano no se hayan publicado obras sobre su vida, en italiano contamos con varias. La primera de ellas –y obviamente la de mayor interés- es su propia biografía, que, quizás adolezca del comentario tradicional: “la mala memoria del que la escribió”. Evidentemente no encontraremos en ella información desfavorable a su autor, pero sí una serie de datos poco conocidos y relatados por el propio autor.

*Memorias de la otra cortina* –tal su curioso título– ha sido compilado por tres periodistas rusos (Natalia Gevorkian, Natalia Timakova y Andrej Kolesnikov), quienes se entrevistaron con el presidente ruso, su familia, amigos y colaboradores durante varios meses, adquiriendo una visión bastante completa sobre su persona.

Allí nos informan –en un libro escrito a manera de cuestionario dialogado- que Vladimir Vladimirovic Putin –apodado Vovka o Volodja- nació en San Petersburgo –entonces Leningrado- el 7 de octubre de 1952 en la familia formada por un obrero de fábrica –hijo de un custodio de Lenin- y de una joven mujer –“un verdadero ángel” según la maestra de Vovka-, provenientes de Peterhof. Él mismo afirma haber sido bautizado por decisión de sus padres, como también señalan los periodistas que “fue un estudiante inteligente, pero de escaso provecho” (pág. 27), no brillando entre los primeros.

A los diez años –en un ambiente de suma pobreza- descubrió las artes marciales –específicamente el yudo con Anatolij Semenov Rakhlin, cuya influencia en su vida destaca recalcando que “el deporte tuvo un papel central en su vida” (pág. 33)– e influenciado por el cine y las novelas, resolvió ingresar a la KGB. La obra cuenta las dificultades que tuvo para ser reclutado, aunque ya a los 16 años lo intentó por vez primera, recibiendo el consejo de estudiar previamente Derecho en la Universidad –lo que hizo en Leningrado- y saber guardar secretos, para “ser espía” (idem). Pese a la oposición familiar y de su maestro de yudo, persistió en su propósito. Curiosamente parece no haber ingresado al Komsolol, puerta de entrada al Partido Comunista. Casó con Ludmila (Ljudá) Skrebneva, tras tres años de noviazgo y tuvo dos hijas (María [Masha] y Ekaterina [Katia]).

Graduado en Leyes fue convocado por la KGB. –entonces reestructurada por Andropov- e incorporado a la misma y después de realizar algunas tareas menores, le destinaron al Instituto Bandera Roja, en Moscú, para su perfeccionamiento, destinándole al servicio exterior. Su conocimiento del alemán favoreció que en 1985 fuera destinado a Dresde, en la entonces Alemania del Este.

Su amigo y padrino de Masha -el músico Sergej Roldugin- afirma que “Volodja tenía un carácter muy fuerte. Aunque jugara al fútbol mejor que él, lograba triunfar por su tenacidad similar a un bulldog” (pág. 61), era “un pragmático” (pág. 103) y el coronel Michail Frolov –su instructor en el Instituto- le catalogó de “cerrado y poco comunicativo. En realidad podían ser considerados aspectos, tanto positivos como negativos. Recuerdo haber citado también cierta tendencia académica entre sus aspectos negativos” (pág. 64).

Un especial interés tiene su relato de la “caída” de la URSS que le sorprende trabajando en Alemania (1990) y la respuesta “anónima” del cuartel central ante el pedido de instrucciones: “Moscú calla” (cit.

p. 73), que le produjo una serie de reflexiones: “Era evidente que la Unión estaba enferma, tenía un mal terminal sin esperanza de cura: la parálisis del poder” (p. 85). Esta situación traumática debe haber influido notablemente en su posterior actividad política y en la situación de caos, la necesidad de centralizar el poder.

Las memorias continúan con la confesión de Putin que, desilusionado de la KGB, –como tantos otros “hijos del sistema”– y ante la crisis de la Unión Soviética, debe reencontrar un camino y resuelve inclinarse por la carrera académica. Se reincorpora a la Universidad de Leningrado e inicia su doctorado, mientras entra a trabajar junto a Anatolij Sobchak, su ex profesor y flamante presidente de la Asamblea comunal, convirtiéndose en un *apparatchik* (funcionario) del “nuevo régimen”. Allí –sin dejar la KGB, a la que no se renuncia– trabajó duramente por la elección del popular Sobchak –con el cual afirma no haber tenido mayores relaciones previas– como alcalde de San Petersburgo y por la reforma económica y política, experiencia que le fue de gran utilidad para su futuro. Un grave accidente automovilístico de su esposa y la derrota electoral de Sobchak y su “huída” a París, condujeron a su dimisión, agravada por un fuerte incendio –en 1996– de su hogar ubicado a 100 kilómetros de San Petersburgo.

Todas estas circunstancias parecen haber favorecido su mudanza a Moscú y su ingreso –ese mismo año– a la administración pública central –avalado por el segundo Bolsakov, su amigo de San Petersburgo– al equipo de Pavel Borodin, el jefe de gabinete presidencial, donde el premier Kirienko le notificó “sorpresivamente” en 1998 que había sido designado en la dirección de los servicios de seguridad (la ex KGB), convirtiéndose en el primer civil –con grado de general– en tal función.

Desde entonces su carrera fue “increíble”, ya que el mismo Boris Eltsin –en plena crisis tras su sorpresivo ascenso al poder en reemplazo de Gorbachov– se inclinó por una “línea dura” y en agosto de 1999 le designó como primer ministro. Su primer objetivo “frustrado” fue pacificar Chechenia. En diciembre de 1999, finalmente, Eltsin –convencido de la necesidad de dimitir– le eligió como su sucesor (presidente interino). La “chismografía moscovita” –ajena a estas memorias– sugiere el importante papel cumplido por la hija de Eltsin en esta elección.

El propio Putin señala que su objetivo esencial fue –y es– evitar “la catástrofe global” que significaría “la desintegración del país” (pág. 139). Por ello defiende una “autoridad no fuerte” pero “eficaz” (pág. 174)

y un estado centralizado (pág. 176). Sus medidas en los últimos años apuntan en esa dirección.

El libro concluye con un apéndice sobre Rusia a comienzos del milenio, publicado originalmente el 31 de diciembre de 1999, donde el autor expone claramente sus ideas políticas fundamentales. Así escribe: “Todos los países, incluso Rusia, deben encontrar su propio camino hacia la renovación. Hasta ahora no tuvimos mucho éxito desde este punto de vista. Comenzamos hace solo dos años ... El futuro depende de la capacidad de combinar el principio universal de la economía de mercado y de la democracia con la realidad rusa” (pág. 205). Y agrega: “Rusia es y seguirá siendo una gran potencia. Es un hecho determinado por sus características intrínsecas, por su posición geográfica, económica y cultural. Estos aspectos han determinado la mentalidad de los rusos y la política del gobierno por todo el curso de nuestra historia y no podemos más que continuarla hoy ... pero la mentalidad rusa debe abrirse a ideas nuevas. En el mundo actual la potencia de un país se expresa más por la capacidad de desarrollo y utilización de la tecnología avanzada, por asegurar un alto nivel de beneficio, preservar la propia seguridad y sostener los intereses nacionales propios en el campo internacional más que en la simple fuerza militar” (pág. 208). Añade “Para los rusos un estado fuerte no es una anomalía de la que liberarse”.

Al contrario es una fuente de orden y la principal fuerza que orienta cualquier cambio” (pág. 208). Y concluye: “Yo pienso que la nueva idea rusa se presentará como una fusión orgánica de valores universales generalmente humanitarios con los valores tradicionales rusos que superaron la prueba del tiempo, incluyendo el turbulento siglo veinte” (pág. 209).

Una excelente selección de fotos completan el interés de estas memorias, indispensables para asomarse a la vida del hombre que hoy gobierna Rusia, aún –y pese a todo– la segunda potencia mundial.

F. H.